

Infancia, pérdida y “superación” en la adolescencia

Abraham Martínez González¹

Resumen

Desde el trabajo psicoanalítico con adolescentes como en los abordajes grupales educativos, se aprecia que la infancia sigue estando presente en los jóvenes. Escuchamos que no se supera la pérdida de lo infantil, es más, se avanza y se retrocede con los restos de esas pérdidas infantiles.

La apuesta en el trabajo grupal psico-educativo que desarrollamos con adolescentes y que aquí empatamos con el análisis personal de jóvenes, está colocada en la creación literaria, como actividad lúdica y re-creativa precisamente, re-creación que posibilita en alguna medida una suerte de movimiento psíquico en el sujeto, desde sus propios términos y posibilidades, esto en contra posición a los llamados trabajos psicológicos, de duelo o terapias de superación, que dejan de lado al sujeto del inconsciente.

Palabras clave: adolescencia, duelo, superación, fantasma, cuento.

Abstract

From the psychoanalytical work with adolescents and the group approach educational, we hear that the childhood is still present. We heard the lost of the childhood don't overcome out, however, it's an advance and recoil about the remains of those child losses.

The bet in the psychological-educational work as the personal analysis is placed in the literature creation, as a playful activity and re-creational. Re-creation that confluence in a psychic movement since his own terms and possibilities, this in counter sense with the so called psychological works, of duel or overcoming therapies, that let them out to the unconscious subject.

Keywords: adolescence, duel, overcoming, phantom, story.

¹ Maestro en psicología educativa con perspectiva psicoanalítica, docente de secundaria y del Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación (IMCED); miembro de *Espacio Analítico Mexicano* (EAM); psicoanalista. Contacto: amstoa78@hotmail.com

Introducción

Existen varios autores que remiten a los duelos “normales” de la adolescencia. Tal vez entre los más reconocidos del habla hispana, ubiquemos el texto de Arminda Aberastury, *La adolescencia normal* (1971), donde expone al menos tres duelos que han de transitar los adolescentes; los tres duelos son por el cuerpo infantil perdido, por la identidad infantil y por los padres de la infancia.

Nuestra atención es llamada cuando en el trabajo con adolescentes escuchamos que ni la infancia ni los fantasmas de esa edad se han superado, es más, en muchos casos hasta se recrudecen, adquiriendo mayor fortaleza y convocando el miedo en el sujeto, que incluso puede llegar a detener su desarrollo.

En el trabajo clínico con adolescentes resulta constante, que cuenten sus vivencias a partir de un conflicto que se desprende desde la infancia no superada en el sentido de mercado. Jóvenes a los que su infancia les habla a través de sueños de terror, a partir de imágenes que los persiguen a manera de fantasmas como cuentan a través de sus sueños, por ejemplo.

Y es que cuando nos referimos a la infancia no superada desde un sentido de mercado, hablamos de las exigencias sociales en las que se ven insertos los adolescentes. Es decir, se les demanda a veces de manera explícita otras no tanto, que crezcan lo antes posible, que maduren para sujetarse a la cultura, y es en esa demanda donde puede suceder que no se esté escuchando adecuadamente lo que aún sigue presente en el sujeto, algo todavía no dicho de la niñez que pulsiona por ser reconocido en la satisfacción.

La superación que busca el mercado, o el medio social basado en el sentido del capital, tendría una alta consideración a todo aquello que permite al sujeto contemporáneo hacerse de un yo individual lo antes posible, una especie de maduración desde trabajos precisos y efectivos. En otras palabras, la superación en el mundo actual convive con la efectividad del sujeto, el cual no puede darse lujos como detenerse ante un conflicto psíquico, mucho menos ante conflictos devenidos de la infancia.

De ahí que el mercado provea de trabajos de tipo psicológico, que procuran ante la inmadurez del sujeto, la ayude en dicha tarea; que si el adolescente se muestra rebelde o inquieto, se le provea del apoyo necesario para calmarse y madurar, diagnostico psiquiátrico mediante.

Lo que nosotros escuchamos en el trabajo tanto clínico de manera individual, como en el educativo de forma grupal, son la demanda de atender una conflictiva que muchas veces ni padres ni maestros saben abordar, el problema de una infancia no superada porque no existe ese concepto o tipo de lógica en lo inconsciente.

Avancemos entonces, rastreando nuestra teoría desde el centro de la experiencia con adolescentes, quienes nos hablan de sus pérdidas y de la imposibilidad de superar la infancia en el sentido de mercado que ya señalamos.

Duelo y “superación” por la infancia

Las pérdidas de los adolescentes no han quedado sin ninguna consecuencia, sin ningún rastro. Serán pérdidas que en tanto entendemos el concepto de lo perdido, sabemos que se trata de objetos que por consiguiente pueden aparecer en cualquier momento.

Lo perdido como tal no tiene el estatuto de desaparición, pues no hay objeto muerto que advierta la terminación de algo. En cambio, lo perdido representa algo que se oculta, que se va por un tiempo pero que al no haber terminación ahí, produce la incertidumbre de la reaparición.

En suma, lo perdido de la infancia no es algo terminado o muerto, sino algo que en la disposición de pérdida, tiene el poder de re-aparecer. Y es en esa incertidumbre o en eso *no dicho*, que la pérdida adquiere el estatuto de fantasma.

Jean Allouch (*Erótica del duelo en tiempos de muerte seca*, 2011), en una magistral exploración teórica acerca del concepto de muerte pero sobre todo vivencial, nos confronta con el idealismo, ilusión mediante, de que el sujeto que pierde algo amado, puede aceptar la pérdida y consecuentemente reemplazar al objeto perdido por otro actual, lo cual supuestamente, habría de hacerse bajo un trabajo llamado de duelo.

Incluso Freud, en *Duelo y melancolía* (1915), hacía referencia a tal objetivo en el trabajo de duelo: el desplazamiento del objeto amado por otro objeto, que se puede interpretar como reemplazar al objeto perdido. Acto o trabajo, mejor dicho, que además de ser criticado por el mismo Allouch, se compone como una versión errónea de cierto grupo de psicoanalistas muy apegados a los primeros trabajos freudianos (*Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905) que se basan en una premisa no muy atendida y que citaremos a continuación:

Introduzcamos dos términos: llamamos objeto sexual a la persona de la que parte la atracción sexual y meta sexual a la acción hacia la cual esfuerza la pulsión (p. 123).

En esa simpleza técnica confirma Allouch (ibídem), y que fue tan bien recibida por los seguidores de Freud, incluidos por cualquier cantidad de trabajos pseudo psicológicos posteriores, se vende un verdadero forzamiento, que a la postre es aceptado como nominación inseparable para el psicoanálisis; nos referimos a los conceptos: *objeto y meta*. Si tal cosa fuera posible, bastaría cierto mecanismo o movimiento psíquico para que se movilizara la libido -energía sexual-, hacia otro objeto de atracción y por lo tanto, estaríamos en la posición de aquel dicho que los jóvenes y los no tan jóvenes enuncian en el nombre del amor: *un clavo saca otro clavo*. Lo que es igual a que, otra novia, saca-sustituye a la novia perdida.

Incluso el mismo Freud más adelante en *Duelo y melancolía* (1915), concibe al movimiento libidinal de la siguiente manera:

...el yo sólo puede darse muerte sí en virtud del retroceso de la investidura de objeto puede tratarse a sí mismo como un objeto, si le es permitido dirigir contra sí mismo esa hostilidad que recae sobre un objeto (p. 249).

Con lo anterior, y vía un trabajo de duelo, existiría una suerte de canalización de la energía, es decir, de los afectos hacia sí mismo, para construir o acrecentar un amor propio. O lo que algunos han dado a nombrar como autoestima, concepto que sólo nos limitaremos a observar como insostenible, en tanto el sujeto no puede *auto* estimarse si no es en función de otro que intervenga para tales fines.

Esto llevado al análisis con adolescentes, corrobora que el sujeto no deja de lado sus miedos o deseos de la infancia; no por acceder a una edad madura, el sujeto vehiculiza su energía libidinal hacia nuevas metas exclusivas, es más, las metas de la infancia siguen estando presentes.

En ese sentido, el sujeto no es autónomo, como no es individuo, desde la perspectiva psicoanalítica. Tal vez algunos parecen autómatas ahora con las tecnologías y más hablando de adolescentes, pero esa ilusoria autonomía, que puede leerse como una especie de posibilidad de nombrarse a sí mismo, no es posible.

El trabajo con adolescentes nos ha brindado la oportunidad de escuchar a partir de dónde se identifica el sujeto, el significado de su nombre puesto por alguien más, im-puesto por otro. El cuento de *La catarata* de Alberto Chimal (2006), resulta ilustrativo.

...el agua del cuenco se derrama sobre la piel tan joven, y todos caemos con ella, todos desesperados, todos queriendo nadar con al menos una ilusión de bracitos y piernitas, de fuerza corporal y en verdad de cuerpo... (p. 65).

Los protagonistas del cuento de Chimal son nombres ansiosos por resbalar por el cuerpo de alguna criatura para apoderarse del cuerpo, de la vida fuera de la pila del bautismo. Por lo tanto, no es el niño el que se coloca el nombre; los nombres propios no existen, son nombres ajenos al sujeto, que luego han de habitarse, de darles cuerpo. Una especie de adaptación al nombre dado, a lo que representa el nombre, a lo que subyace a ese nombre.

De acuerdo a lo anterior, no ubicamos cómo el adolescente pueda auto estimarse, auto dirigirse, mucho menos, olvidar, ¡superar las pérdidas! -cuerpo infantil, identidad, padres-. Ahora sabemos por sus historias, por los textos que nos leen en confianza, por sus juegos incluso, que la infancia sigue ahí con ellos, luchando en contra de nuevos pensamientos, como de nuevos intereses, y que en ese conflicto silencioso deviene precisamente la manifestación difícil de captar para el adulto, para el padre de familia o para mismos docentes, que lo único que verán y atenderán la mayoría de las veces, es una conducta a manera de signo, o mejor dicho, conducta como imagen representacional de una conflictiva psíquica silenciosa, que como señala Nasio (2010), se trata del acontecer normal de un adolescente, el conflicto entre ir dejando la infancia y entrar en la adultez.

Estamos hablando de una de las esencias de la adolescencia, diríamos hasta su carácter primordial: *la etapa de transito*. Lo ilustramos con un extracto de un cuento que fue creado por un adolescente en un trabajo psico-educativo de enfoque psicoanalítico, que llevamos a cabo con un grupo.

Esta vez voy a superar, escalar la montaña [...]. Pase lo que pase, lo tengo que lograr porque quiero lograr mis sueños y pensamientos que

tenía de niño hace muchos años. Extraño mucho a mi país y también a la barranca donde me hice la cicatriz [...], me siento bien porque me quedó un recuerdo de África, la cicatriz en el cachete derecho.

En el relato anterior, que más parece una alegoría a sus recuerdos infantiles en tono de verso, se hacen presentes los sueños y pensamientos que tenía el sujeto cuando era niño y que ahora de adolescente, busca superar-escalar. En ese sentido, *mi país* representa la antigua vida familiar, de la cual ahora se ha alejado como obliga la misma etapa, en tanto las exigencias culturales de crecimiento e independencia.

Pero hay algo más en el relato: la barranca y la cicatriz. Ésta última se inscribe como signo de la infancia y su relación con la familia, y diríamos, como signo grabado en su realidad psíquica que no desaparece, lo cual en suma, nos indica que no existe una pérdida de la infancia en tanto ésta sigue nombrándose.

No hay pérdida de los recuerdos, de las personas, de los lugares; estos no mueren, no se entierran, así que no hay olvido. Como decíamos antes, las pérdidas que sufren los adolescentes no son pérdidas totales, pues ubicamos al menos una parcialidad al respecto. En el camino-transito que implica la adolescencia, que por cierto, es variable en cada quien, se van abandonando objetos, vivencias, hasta ideas, pero sobre todo, posiciones frente al mundo, mientras se toman o cambian por otros, sólo que como leemos en el relato, ¡no se sustituyen!

Se avanza en un ir y venir, en un progreso y un retroceso continuo que da cuenta de aquel juego que Freud observará en su nieto Ernest y que nombrará como *hábito molesto*, lo cual testimoniaría en el segundo capítulo de *Mas allá del principio del placer* (1920); se trata del *Fort-Da* que se considera en el desarrollo del niño como la posibilidad de construir un espacio y fundarlo, en otras palabras, hacer cultura a raíz de la simbolización por medio de un juego.

Ese ir y venir, parece otra de las eternas particularidades del sujeto, de la edad que sea. Una suerte de dialéctica interna que le permite caminar y mirar atrás, para retomar lo ya caminado, lo cual nos parece, se contradice a las ideas contemporáneas que aseguran que, “el pasado no existe, se trata de vivir el presente”.

En consecuencia, decimos que no hay sustitución de objetos, por lo tanto, es difícil sostener que existan “trabajos de duelo” donde se puedan superar las etapas o las vivencias, incluso las personas. No hay un movimiento de aceptación completo, cosa que en la clínica se nos revela, pues ocurre lo contrario, una repetición de esos temas que hablan de las pérdidas, de lo que se muere, pero que mejor dicho, desaparece por un tiempo para buscar a la postre ser reactualizado. Lo que desaparece en la infancia, se reactiva como fantasma en la adolescencia, y es ante esos fantasmas que el joven tiene que enfrentarse. Freud (1908) lo dirá desde la experiencia de análisis con Hans en los siguientes términos: *lo que así ha permanecido incomprendido regresa, como un espíritu no redimido, no se apacigua hasta recibir la solución y la redención* (p. 99).

En otras palabras, todo aquello desplazado al olvido en la niñez, se ubica en el mundo tenebroso de la adolescencia; contexto de oscuridad que el adolescente conoce muy bien, de ahí su apego e interés por las estéticas oscuras que hacen referencia a la muerte y que tanto asustan al adulto. Pero es precisamente todo eso desplazado, a veces incluso forzado al olvido y a ser sustituido, que reaparece tal vez en donde mejor puede aparecer: en la superficial conducta de los adolescentes. Se trata del *lenguaje de acción*, como lo nombrara Winnicott (1971).

Y es en ese lenguaje de acción donde ubicaremos la *repetición*, que de acuerdo a Freud (*Más allá del principio del placer*, 1920), no es otra cosa más que la pulsión de muerte que se reactualiza, vía la represión adulta y cultural, con un superyó mediante, en los actos de agresividad externa e interna que supone la adolescencia.

Pasemos entonces a leer los relatos donde el adolescente ve representada esa no pérdida de la infancia, a escribir y hacer algo con los fantasmas que le persiguen desde niño. Además podremos apreciar cómo la pulsión de muerte siempre agresiva, cuando es escuchada adecuadamente, puede presentarse en textos con los que sí puede vérselas el adolescente, es decir, en la creación literaria que deviene ante una postura de escucha y atención por parte del adulto.

La pulsión representada

Deseamos presentar ahora, un efecto por demás interesante en los adolescentes al respecto de sus miedos, convertidos en un lenguaje de acción violento, que muchas veces raya en la muerte. Con esto conectamos lo analizado en el apartado anterior, sobre la infancia no superada en el sentido de mercado que sugerimos, con la manifestación de la pulsión de muerte en la adolescencia, que muchas veces no quiere ser bien recibida por la institución adulta, llámese familia o escuela.

Lo que a continuación transcribimos es otro extracto de cuento, desde donde podemos ilustrar el tema del miedo y la pulsión de muerte que se hacen presentes en la adolescencia.

Era una noche oscura y tenebrosa, tres muchachas iban caminando muy tranquilamente por fuera de la casa abandonada. Platicaban sobre el trabajo que les dejaron en la escuela acerca del cuento El gato negro.

De pronto, al ir jugando, les salió de improviso un gato negro de ojos amarillos y brillantes. Siguieron caminando con temor, y al mirar de nuevo, ya no se trataba de un gato, en el mismo lugar ahora estaba un perro espantoso y enorme.

Se pusieron en marcha y corrieron alarmadas, pero al voltear la cabeza de nuevo, ya no traían encima un perro, ahora se trataba de una puerca que aumentaba de tamaño mientras les perseguía.

Las tres muchachas gritaban y pedían auxilio, hasta que se encontraron con una señora que las llevó a su casa, para darse cuenta que se trataba de una horripilante bruja.

En el trabajo anterior, leemos cómo el adolescente camina tranquilo cuando de pronto algo ominoso le hace presencia. En este caso, es por demás ilustrativo el animal o criatura que va transformándose conforme avanzan las muchachas. Incluso como la figura representada en animal, va aumentando en proporciones, diciéndonos con esto, que aquello que les hace acontecimiento en la adolescencia, crece, se transforma y en efecto, no hay escapatoria.

La adolescencia sería eso precisamente, algo con lo que se cruza el niño en su camino y para lo cual no hay manera de postergar. El niño, ahora atrapado por la manifestación violenta de la adolescencia, en tanto lo corporal que pulsiona sin remedio, pide ayuda, grita para que los demás sepan que algo está fuera de su normalidad. Creemos que cuando no viene la ayuda, cuando no hay acompañamiento o comprensión por lo que le sucede, *la bruja*, como representación del mal, se apodera de ellos.

Podemos aprender en la expresión de los adolescentes, cómo se les revela la pulsión de muerte, pero además, cómo han de expresarla, que resulta en la misma dirección, es decir, a través de manifestaciones agresivas, lenguaje de acción, *acting out*, o como en nuestra experiencia con ellos, en la creación de cuentos, donde será apremiante la temática del miedo.

En diferentes trabajos grupales con adolescentes y desde una perspectiva psicoanalítica, abordamos el tema de los miedos en la adolescencia. Los jóvenes, una vez que se les brinda el espacio abierto y sin juzgamientos, exponen material interesante al respecto de ciertos temores que les acompañan desde la infancia. La pregunta concreta que se les hace es: *¿de niño a qué le tenías miedo?*

Más allá de lo que pudiera nominarse como miedos del presente, de la propia adolescencia, los cuales no hacemos a un lado, nos interesa en dicha actividad, atender al niño que sobrevive en el adolescente. Escuchar sus miedos y que en la oportunidad de que el sujeto los enuncie y los revele, apostar porque en esa confrontación con los miedos, vía el acompañamiento grupal, pueda levantarse una red de contención primeramente, y luego, lo más importante, re-significar los miedos, los monstruos, el recuerdo.

La experiencia, además de agradable, facilita que los miedos salgan a la luz, sean escuchados, incluso, se permiten reír sobre lo que antes resultaba hasta innombrable. Se ríen de las preocupaciones infantiles, de los fantasmas que mantenían agazapados en algún sitio de su realidad psíquica. Y es que en algún sentido, sabemos por nuestra práctica clínica con ellos, el sujeto del inconsciente se queda en ese lugar donde el miedo lo amordazó.

Posterior a la actividad grupal de hablar libremente sobre los miedos infantiles, la técnica propuesta consiste en escribir un cuento de miedo, lo cual ubica al sujeto adolescente en la posición de establecer distancia con respecto a éste; al contar el miedo, le otorga otro carácter, no ya el de lo velado, sino que en esa misma distancia lo observa desde otra óptica,

lo mide, lo dibuja, lo evalúa. Contar el miedo es contar con éste, y no verse ensimismado en el mismo, es decir; se trata de hacer algo con eso.

Libremente se les pide que escriban un cuento de miedo, donde no necesariamente tienen que recurrir a los propios, pero que sabemos, a raíz del análisis literario, resulta casi imposible que la pluma escape a los trazos que dio en vida su dueño. Se sabe incluso de los alcances que tiene la escritura como medio terapéutico, o una forma de *renacer* para el sujeto que se escribe, y que en la experiencia de Sergé André (2000) podemos admirar:

Tuve la íntima sensación de haberme liberado de aquello que me había enfermado... Tan sólo puedo decir que la escritura de Flac tuvo para mí el efecto de un renacimiento... Renacimiento psíquico con seguridad (p. 164).

El caso de Sergé confirma lo que escuchamos y leemos en los adolescentes: la literatura funciona entonces como una vía de escape y sublimación para las pulsiones latentes además de los miedos infantiles. En otras palabras, puede entenderse a la creación literaria como una puerta de salida para los fantasmas que guarda el sujeto.

Y es con esos fantasmas con los que tiene que vérselas el adolescente, fantasmas de la infancia, ahora representados en el presente, provocando problemas, llevando a actuaciones –acting out-, incluso enfermando como leemos sorprendidos en *Flac* de Sergé André.

Ahora anotaremos un extracto de otro cuento que nos parece revelador al respecto de lo que decimos sobre la pulsión de muerte y los fantasmas representados en la adolescencia, uno sugerentemente titulado: *Ricitos de oro y el comando del diablo*.

Ricitos de oro les dijo a los osos: vayan a refugiarse a mi casa, después voy con ustedes. Sacó su ametralladora con silenciador para que no se escucharan los disparos.

En esta parodia al cuento clásico, leemos desde el título la familiaridad con la que los jóvenes ven el tema de la delincuencia y el narcotráfico en nuestro país. Resulta importante destacar que, cuando se trata de parodiar los cuentos clásicos, como una de nuestras actividades

propuestas para ellos, muchas veces recurren a lo que sucede en su entorno, el cual sabemos, está inmerso en esa problemática social y de salud, pero que desde nuestra perspectiva, se trata también de una vía para dar rienda suelta a lo que les acontece internamente, es decir, los temas de muerte y de violencia de los que diremos gracias a sus testimonios, son presa en tanto se produce un acontecimiento sin precedentes en sus vidas, nos referimos por supuesto, a la arremetida de la transformación en la adolescencia.

Al respecto, Françoise Dolto (*La causa de los adolescentes*, 1988) se expresaba acerca de la etapa de la transformación, no sólo como una etapa de cambios, sino como una *metamorfosis*, que incluiría la metáfora de la oruga que se vuelve en mariposa, esto es, una transformación radical, que confirmamos, de acuerdo a nuestra práctica clínica con ellos.

Regresando al cuento anterior, falta decir que en la escena que se nos muestra, hay una suerte de heroína que hace lo posible por salvaguardar a los osos, representación en este caso, de lo infantil, de lo familiar. Para hacerlo, se muestra agresiva la personaje –representación de la adolescente-, pero toma de su medio exterior lo necesario, lo alcanzable en cierto sentido para poder hacer frente a los villanos, quienes por cierto son, un grupo armado de adultos.

¿No estamos precisamente, otra vez, ante la defensa de algo propio de la infancia? Y parece que para lograrlo, *Ricitos de oro*, no es más la chica sencilla y humilde del cuento, ahora es una señorita capaz de llevar su creatividad hasta límites insospechados, por decir algo al respecto de la violencia con la que tendrá que actuar en defensa de lo suyo.

Esto es algo que el escritor Roald Dahl (*Cuentos en verso para niños perversos*, 1987) intenta proyectar en su obra literaria, la cual ciertamente está dirigida principalmente para niños y adolescentes. Vemos en sus cuentos a través de la parodia, cómo los clásicos personajes de los cuentos de Hadas, son llevados a una posición diferente en la historia que tienen enfrente. La Blanca Nieves, no es una pequeña ingenua, sino una mujer que tiene el poder de defenderse a sí misma. La Bella Durmiente, no tiene que esperar al príncipe soñado, ella es participe de su destino.

En la reconfiguración literaria de Dahl, leemos una versión diferente de los personajes clásicos de la literatura infantil, una versión que invita al joven lector a conocer esos personajes pero desde una óptica participativa, no la de la sumisión y la dependencia de las princesas, no hay más ingenuidad sino expresiones de creatividad, de poder solucionar los

problemas que suceden en las historias, parece una incitación a cambiar los cuentos de hadas sin que estos necesariamente tengan que dejar de existir.

De repente Caperucita dijo: ¡Qué imponente abrigo de piel llevas este invierno! El lobo estupefacto dijo: ¡Un cuerno! O no sabes el cuento o tú me mientes...Oye mocosa te comeré ahora mismo y a otra cosa. Pero ella se sentó en un canapé y sacó un revólver del corsé, con calma apunto bien a la cabeza y ¡pam!, el lobo cayó de una pieza (p. 55).

Como se puede apreciar en los cuentos de Dahl, hay manifestaciones de la pulsión en sus personajes revestidos de actualidad, y es ante ese contexto que los adolescentes con los que trabajamos, cada quien a su propio ritmo, deciden escribir una historia donde sabemos que están elaborando algo de sus propios fantasmas, y en el mejor de los escenarios, dan cauce a la pulsión que en esa edad está ansiosa por verse satisfecha.

Lo que escuchamos y leemos en adolescentes a los que se les permite crear y contar algo de sí, no es otra cosa más que la representación de la pulsión de muerte, que como hemos leído y analizado en sus cuentos, en esa edad es tan característica a razón precisamente de las muertes que en su interior se están llevando a cabo; la muerte de la infancia, del cuerpo infantil, de los padres de la infancia, entre otras más que incluso para ellos no es fácil describir. Pero que como exponíamos en la primera parte de este trabajo, no se trata desde nuestra experiencia, de muertes que necesitan de un trabajo de duelo para seguir como nuevo, de un trabajo que lleve a superar, ¿superar qué?

Lo que escuchamos en esas representaciones de la pulsión, es decir en los cuentos de miedo, de violencia, es que no hay una superación de la infancia en el sentido de mercado que muchas veces la sociedad posmoderna pretende vender. Al adolescente le hace acontecimiento precisamente lo que se juega en su interior, una pulsión que busca verse satisfecha, sí, pero que desde una perspectiva simbólica, también busca ser contenida, representada, de ahí que resulte efectivo el trabajo libre donde la creación es el objetivo, pues lo que se crea en esa edad tiene amplia relación con la muerte, con las preocupaciones que produce el estado de muertes en el que se encuentra el sujeto, y que podemos apreciar en el siguiente extracto.

Un mal día, él se enteró que su novia estaba mal del corazón. Él se enojó y estuvo triste. Las dos emociones se combinaron pero ganó el enojó hacía su novia a quien su corazón le dejó de latir de pronto. Él prometió que algún día se encontrarían...los amigos le dijeron que existía una criatura mágica que podía regresar a la vida a su novia...sin pensarlo él hizo el ritual para convocar a la criatura.

Como en el relato anterior, el enojo y la tristeza se combinan en los adolescentes. La muerte les preocupa más de lo que los padres o maestros pueden creer, es algo que atestiguamos en la práctica privada con ellos. El tema de la muerte, de que se muera alguien cercano, o incluso, desear morir a razón de los innumerables reproches de los que ellos mismos son su objeto.

Un superyó amenazador que ante sus actos violentos, los reprime agresivamente, y que como vemos en Nasio (2010), es uno de los temas centrales en un análisis con adolescentes: el carácter punitivo del sujeto.

Si eso es escuchado y atendido a tiempo, si se vuelve objeto de representación como bien puede ser en un cuento, el sujeto tiene la posibilidad de hacer algo con eso, responder de alguna manera al fantasma que como indicara Freud (1908) en el caso Hans. Los miedos vueltos fantasmas, la pulsión sedienta de satisfacción, un superyó punitivo, se manifiestan no para hacer caso omiso, lo hacen para buscar una *solución y redención*, es decir, tomar un lugar distinto en el sujeto, no ya el de la pena, del dolor, sino otro lugar que en el sujeto ha de experimentarse como claves o accesos a la cultura, desde donde se le exige madurez y responsabilidad, por cierto, pero sin escuchar antes lo que sucede en la conflictiva psíquica. Por supuesto, que se hace extensiva la prioridad de brindar a los adolescentes el espacio para exteriorizar lo que les acontece, que como podemos apreciar, se trata de un conflicto psíquico entre el dejar ir la infancia y cargar con un resto, para entonces, enfrentar lo nuevo que siempre implica desconfianza y miedo, de ahí la importancia que conlleva un adecuado acompañamiento de parte del adulto.

Aquí hemos tratado el tema de la construcción literaria como medio para la manifestación de la pulsión y los duelos propios de la adolescencia, y sabemos que existirán otras formas

de llevar un adecuado acompañamiento con ellos; el arte en sus diferentes manifestaciones, el deporte, el mismo trabajo remunerado, que como sugiere Dolto (1988), es un excelente medio para la reconfiguración de la pulsión, es decir, en palabras y propuesta de Freud, un medio para la *sublimación*.

Palabras finales

Si nos remitimos exclusivamente a las actividades marcadas por los planes y programas de estudio, se pierde indiscutiblemente la oportunidad de vivenciar-atestiguar a los adolescentes riendo de la muerte. Se pierde la posibilidad de verlos manejar los miedos sin que los dañen, y escucharse entre ellos para generar redes de contención ante sus problemáticas actuales.

Lo que podemos manifestar es que gracias al grupo, y a la actividad recreativa de la creación de cuentos, el adolescente se posiciona diferente frente al acontecimiento e irrupción de la llamada adolescencia. Y más importante aún, resulta la comprobación de que en efecto, la infancia no se supera en el sentido posmoderno del término, es decir, no existe por ningún medio la posibilidad de que el sujeto olvide, si a eso se refiere la superación, de la edad infantil. Incluso vemos cómo ante la muerte de la infancia, que no es olvido, se presentan restos a manera de fantasmas que en la adolescencia se han de representar con mayor fuerza en muchos casos.

De ahí que resulten viables, las actividades que favorezcan precisamente la representación de esos fantasmas desde un ejercicio de contención y acompañamiento, como bien puede ser, la escritura de historias que más que hablar de lo que les rodea, hace mención de lo que sucede en el interior.

Lo importante radica en que, eso que sucede en el interior, en lo psíquico, ha de expresarse si no es sublimado o contenido, en actos que son tan característicos de la edad adolescente: agresiones al otro o a sí mismo.

En otras palabras, si no se favorece el espacio para que el sujeto recree su historia, que en esta experiencia fue a través del cuento, se está sujetado al acto que configura el fantasma, o sea, estar destinado a los movimientos que prescriba el resto no simbolizado.

Lo *no dicho* de la infancia, lo no representado simbólicamente, produce el fantasma, que si no hay modo de traerlo a la luz, queda preso en la psique del sujeto, solo que esa cárcel resulta ser el propio sujeto, de ahí el miedo y la actuación violenta que conllevan.

Referencias

- Aberastury, Arminda (1971), *La adolescencia normal, un enfoque psicoanalítico*, Argentina: Paidós, 2004.
- Allouch, Jean (2011), *Erótica del duelo en tiempos de muerte seca*, Argentina: Cuenco de plata.
- André, Sergé (2000), *Flac, La escritura comienza donde el psicoanálisis termina*, México: Siglo XXI.
- Chimal, Alberto (2006), *La catarata*, En *Manda fuego*, antología de cuentos, México: Era.
- Dahl, Roald (1987), *Cuentos en verso para niños perversos*, España: Alfaguara, 2008.
- Dolto, Françoise (1988), *La causa de los adolescentes*, España: Paidós, 2010.
- Freud, Sigmund (2000), *Obras completas*, Argentina: Amorrortu.
 - Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905.
 - Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, 1909.
 - Duelo y melancolía*, 1915.
 - Más allá del principio del placer*, 1920.
- Nasio, Juan David (2010), *¿Cómo actuar con el adolescente difícil?*, Argentina: Paidós.
- Winnicott, Donald (1971), *Realidad y juego*, España: Gedisa.